

to

VIÑETA

Nemesio

Nunca olvidaré aquella tarde, terminada la jornada de trabajo, cuando entré en la vieja sala de exposiciones de la extinta Librería del Pacífico. Se inauguraba una muestra de grabados de un pintor joven recién llegado de Nueva York. La sala estaba vacía, salvo la presencia de un sujeto alto, de faz serena. Contemplé todos los cuadros, pero las dos veces me demoré frente a uno: *Habitantes de la Ciudad*. Interrogué al paseante.

“¿Es usted el pintor?”, pregunté. “Lo era”, respondió. “¿Cuánto vale ese grabado?”. Hizo una pausa y con esa generosidad de los que poseen más amor por la belleza que por el dinero, dijo: “Doscientos pesos”. “¿Con el marco?”, inquirí. “Con el marco, pero tendrá que esperar que termine la exposición”. En el living de mi casa el cuadro ha seguido hasta hoy.

Veinte años después me tocó compartir una cena en Concepción con el autor. Le recordé la anécdota. “Lo recuerdo bien”, me contestó, “fue el primer cuadro que vendí en aquella exposición”. Cabría haber rectificado “que regaló”, pero no lo dije por ese tonto pudor que tenemos de reconocer que alguna vez recibimos lo que amamos sin pedirlo. Nunca es tarde para un *vernissage*.

Diógenes Estrada

sección respectiva.